

PETRÓPOLIS

La tolerancia no era vista, como hoy, con malos ojos, como una debilidad y una flaqueza, sino que era ponderada como una virtud ética.

STEFAN ZWEIG

El mundo de ayer

En esta habitación de hotel no soy un hombre,
ni soy un hombre más, ni un único hombre,
ni mucho más que un hombre a punto de morir.

El espejo del baño me muestra un hombre muerto,
que ya sabe que ha muerto,
que planeó la liturgia de las horas contadas
y las pocas palabras que aún podrá escribir.

No serán más que éstas:

Yo transcribí del sol
al lenguaje más vivo de todos los idiomas
y crucé el continente en la calima
del fuego incandescente, su griterío en domingo,
la música de orquesta resonando
al volver de la tarde por el campo de Viena.

Yo acaricié en silencio la voz de Cicerón
y salvé su cabeza de los pies del senado,
y vi resucitar a Händel en Irlanda
con robustez titánica al Mesías,
y pude leer a tientas, en esa oscuridad
mecida para un canto benévolo y tardío
la *Elegía de Marienbad* de Goethe.

Era el mundo de ayer, ése era el mundo
que pudo ver nacer *La Marsellesa*
tras tres horas geniales de una vida invisible,
en la estela fulgente del viejo Dostoievski
vivo como un león tras vencer al cadalso,
suave como el viento en la tumba de Tolstói.

La flor del balneario, las noches espectrales
de una mansión nodriza con todos mis amigos,
pabellón de reposo del palacio de invierno.

Ahora estoy aquí solo, en esta habitación
y no tengo ni rumbo, ni unas señas,
ni tampoco una carta de alguien que me espere.

Los campos de exterminio no son ningún secreto,
ni la estrella amarilla cosida a la chaqueta
ni el expolio terrible de la casa de todos.

Ya no me queda tierra, ni barrio, ni ciudad.

No soy un hombre joven, y en esta habitación
morir al menos es un acto de conciencia.

He desaparecido. Ya no tengo ni nombre
y mis libros se queman, son el carbón del cielo.

No tengo identidad. No tengo rostro
ni nadie que me diga que soy Stefan Zweig
y que una vez amé la ceniza de Europa.

JACK GEISMAR NO VUELA A CASABLANCA

Hay un hombre apostado en la señal del cruce
de unas calles perdidas.

Trata de encontrar entre cascotes
las huellas de otras rutas.

Jake Geismar es un joven periodista
enviado por *Collier's* hasta Potsdam,
donde Churchill y Truman, con Stalin,
van a rescribir nuestro pasado:
se reparten opciones y bienes canjeables
de Alemania y Berlín. Allí había estado Geismar
en la época feliz del cabaret,

con ángeles azules
y barras fulgurantes tras las medias vacías.

Quizá era un idealista con cinismo
y menos soluciones que Rick Blaine,
algo más atractivo, más norteamericano
en su valor suave para enfrentar la muerte.

Desierto de cascotes, las balas de Berlín.

Qué ocurrió con Tully, ese soldado
sin un cuerpo de hombre y la maldad
de un torturador con las manos pequeñas
espiondo el recreo de los niños.

¿Dónde está Lena Brandt,
la mujer que él amó poco antes de la guerra?

¿Cuántos soldados rusos invadieron su casa?

¿Logró sobrevivir sin congelar
su gesto acristalado para siempre?

Fuego de artificio, estética teutona y fantasmal.

¿Qué es el buen alemán?

Quizá dos contertulios en cualquier gran café
hablando con fervor de Hölderlin y Hofmannsthal,

dos hombres ilustrados
que agachan sus cabezas y respiran
algo pausadamente y con dificultad
cuando dos SS arrastran de su asiento
a la chica judía del otro velador,
sin levantar la vista
de los libros pesados, en las manos nerviosas.
Quizá esos dos amigos
que después continúan hablando de poesía
pueden representar, para nosotros,
lo que significaba ser un buen alemán.

BILLY WILDER VUELVE A VER *LA LISTA DE SCHINDLER*

Fernando Trueba un día preguntó a Billy Wilder
por su fascinación por *La lista de Schindler*:
el viejo director de *Sunset Boulevard*
la había visto cien veces.

Le contó que su madre, con su abuela,
habían sido enviadas a un campo de exterminio.

Hace ya medio siglo que las perdí a las dos
y todos estos años he intentado encontrarlas.

Cada vez que veo esa película
la paro fotograma a fotograma,
las busco entre los extras.

Hace apenas un mes creí reconocer la cara de mi madre
al lado de una niña con un abrigo rojo
y escondiendo a un pequeño en el vientre de un piano.

Era de madrugada. No había bebido mucho.

Poco después el sol entró por la ventana.

Había sobre mis ojos un resplandor de trigo.

El cielo estaba azul. Toda la noche

había estado lloviendo en California.